

## *La educación en Julián Marías*

**JULIO ALMEIDA \***

“Ya va siendo hora de que se imponga la certeza de que lo que se llama talento es, en buena parte, una condición moral.”

(Julián Marías (1949),  
*El método histórico de las generaciones*,  
2ª edición en Obras, 1961, VI, 85.)

Aproximarse al tema de la educación en Julián Marías, que Leticia Escardó me propone, no sé si resulta excesivo y redundante. Porque el fundador de Cuenta y Razón ha dedicado su vida entera, muy precisamente, a educar. Primero a educarse él, a conciencia: que nadie, según uno de los autores alemanes que tradujo, puede educar a otro si no se educó antes a sí mismo. Si para ninguna profesión se ha nacido menos que para la de educador, dice Spranger al final de su larga y fecunda vida, pienso que Marías es un ejemplo máximo. (Véase *El educador nato*, gran librito, cuya primera edición data de 1958; hay traducción española, no suya, en Kapelusz.) De su educación en el instituto dice en el tomo primero de sus Memorias que era sencillo, con tres o cuatro clases cada día; algunas tardes, prácticas. “Acababa a la una. Me quedaba la tarde entera libre, lo cual me parecía maravilloso.” Esto es

maravilloso, desde luego; y aunque estamos ante un hombre superior, de talento y de trabajo, resulta mucho más hacedero que las horas y las asignaturas excesivas que han venido después. Andando el tiempo, no dejó de advertir la desmesura que se implantó en España después de la guerra civil, cuando sus hijos, y muchos otros, hicimos el bachillerato: una desmesura que sigue para espanto de unos escolares ahora menos escogidos.

Leyendo y releendo sus obras, sorprende por lo pronto, después de la *Historia de la Filosofía*, en su primer libro propio, el largo capítulo titulado “Esquema de nuestra situación”. El libro se abre con una dedicatoria —“A mi maestro Ortega, este ensayo de Introducción a la Filosofía ‘según la razón vital’”— y en la página siguiente, fechada el 20 de enero de 1947, anticipa que quiere mostrar lo que ha logrado ver mirando las cosas según los modi res considerandi, que Ortega había ofrecido en *Meditaciones del Quijote* en 1914. Nuestro joven filósofo, nacido el mismo año en que Ortega publicó su primer libro, prosigue la obra de quien por lo demás tampoco lo tuvo fácil en la España refractaria oficial del franquismo.

\* Catedrático E.U. de Sociología. Universidad de Córdoba..

En el párrafo 28, hablando de las relaciones del hombre con la verdad, distingue cuatro posibilidades, que luego recordará más de una vez: a) vivir en el ámbito de la verdad; b) vivir en el horizonte de la verdad, buscándola; c) vivir al margen de la verdad, y d) vivir contra la verdad. A su juicio, la última es la dominante en nuestra época (Obras, II, 96 ss.). Pero al releer el esquema de nuestra situación, párrafo 16, “Las formas sociales”, yo quería señalar lo siguiente: “Las dos alteraciones más importantes que han sobrevenido a las formas sociales europeas desde la primera guerra mundial están en conexión estrecha entre sí —aunque no son reductibles la una a la otra— y son éstas: el cambio acontecido a la familia y la nueva posición de la mujer.” De la familia (sesenta años antes de la Historia del matrimonio de Stephanie Coontz) dice Marías: “Lo más urgente y verdadero que se puede decir de ella es que, en cuanto forma social, ha fallado... No cumple hoy su misión inmediata, que es la de ser la primera instancia a que apelan los individuos para resolver sus problemas”. Se dice esto en 1946, y a su juicio cuatro causas contribuyen a ese fallo de la familia tradicional: la crisis de la servidumbre, cuyo descontento permanente, a pesar de las indudables ventajas de su condición, ha introducido una incomodidad constante en la vida familiar; la angostura económica en que vive la mayor parte de los europeos actuales (el tamaño de las habitaciones, etcétera); la aceleración del tempo de la historia; y la invasión de la vida pública con la casi total anulación de la privada. ¿Qué podríamos decir hoy? La segunda causa, la angostura económica —en España tan grave entre 1935 y 1953—, empezó a resolverse en Europa a partir de 1945. Pero si el subdesarrollo o maldesarrollo de España dio paso en la década de los 60 a un crecimiento que se ha mantenido hasta hoy, nuestras habitaciones han encogido (“son grandecitas, miden diez metros” me decían en una constructora) y nuestras casas se han vuelto más inhabitables, servidumbre aparte, porque las otras

causas se han acrecido: la aceleración exponencial del tempo histórico y la invasión de la vida pública en la casa de uno y hasta en el bar omnipresente, con la televisión y demás ruidos asesinos. Con otras palabras: siendo más altos, nuestras viviendas parecen de juguete; aunque los jóvenes no paran de crecer, a lo alto y a lo ancho, vivimos, o meramente pernoctamos, en habitáculos más dormitivos que vivideros. (¡Pues no me pedían un dineral en un barrio elegante de Madrid por un piso cuya cocina no medía ni un metro cuadrado!).

A este propósito cabe recordar a la citada socióloga e historiadora del matrimonio: “El desgaste de la familia basada en un marido proveedor es un ejemplo clásico de lo que algunos historiadores llaman un ‘acontecimiento ultradeterminado’. En las décadas de 1960 y 1970 [en España, digamos 70 y 80] las esposas aumentaron su participación en el mercado laboral por muchas razones. Cuando los sueldos reales de las mujeres se elevaron, las esposas se sumaron a la fuerza laboral. Cuando los sueldos reales de los hombres se redujeron, las esposas se sumaron a la fuerza laboral. Cuando las familias sufrieron pérdidas económicas, las esposas se sumaron a la fuerza laboral. Cuando las familias preveían un progreso económico significativo, las esposas se sumaron a la fuerza laboral. Cuando una esposa era feliz en su matrimonio pero se aburría en casa, se sumó a la fuerza laboral. Si, en cambio, era infeliz en su matrimonio y se sentía angustiada en casa, también se sumó a la fuerza laboral” (Historia del matrimonio, págs. 342 s.). Seguramente en España, país no subdesarrollado, sino mal desarrollado, como escribe Marías en 1966, todo ha ido pasando después, más deprisa y a veces sin orden ni concierto, sin guardar las debidas proporciones. En estos años, en una de nuestras pendulaciones históricas, las españolas han salido de casa, pero de qué manera. Sin que el marido proveedor aligere su jornada descomunal, esa que pone los partidos de fútbol a las diez de la noche, nuestras féminas se han apuntado al trabajo exclusivo, y los niños,

desde los primeros años 80 según mis cuentas, han quedado abandonados a una escuela también dilatada con alevosía.

Voir pour prévoir; prévoir pour pourvoir, dice Comte, el fundador de la sociología. Pero como no vemos del todo bien, no prevemos ni proveemos. Y después deploramos unos males que suelen ser previsibles. ¿Qué sentido tiene el botellón, etopeya posmoderna de una juventud educada sin padre ni madre?

Pero vetado en la Universidad española, ¿vetado a fin de cuentas por su talento?, Julián Marías se convierte en profesor americano. Alguna vez, oyéndolo, leyendo sus libros tan numerosos y tan buenos, he pensado que, al ser rechazado por la universidad, que era su lugar propio, Marías se convirtió en una especie de universidad andante: profesional al otro lado del océano, a cuerpo limpio en España.

### *Profesor universitario americano*

En 1951, invitado por el Wellesley College, Marías empezó a ser profesor americano. De su larga experiencia en el país más avanzado de Occidente da cuenta y razón en dos libros: *Los Estados Unidos en escorzo* (1956) y *Análisis de los Estados Unidos* (1968), luego incluidos en los tomos III y VIII de sus *Obras*. Y en estos libros, llenos de noticias y sugerencias de aquella sociedad, interesan especialmente los capítulos dedicados a la Universidad. Pero el escorzo de Marías no es cualquiera, y en seguida advierte lo principal: “Entre la dama elegante y su portera la diferencia es enorme en España, por ejemplo; en los Estados Unidos, mucho menor; y no porque el extremo superior sea más bajo, sino porque el inferior es extraordinariamente más alto —y no sólo desde el punto de vista económico— (*Obras*, III, 359). Por los años 50, Estados Unidos ya había escolarizado a toda su población, que hoy obliga hasta los 18 años; todo el mundo, hasta la zona inferior, leía y

escribía. Pero España aún no había salido del “modelo castizo”, que dicen los economistas; por extraño que parezca, a la escuela sólo iba la mitad de la población al principio de los 50, y, según explica Juan Velarde, en 1959 nuestro retraso respecto a Estados Unidos llegó a ser de 80 años. Julián Marías, que va y viene —a Harvard, a Yale, a medio mundo—, contempla nuestro desarrollo desperejo y puede comparar con conocimiento. La universidad americana es ante todo un campus: 400 acres en Wellesley, algo más de 160 hectáreas, y un lago. Cuando vemos en Córdoba que en la Facultad de Filosofía y Letras podemos sacar el brazo por la ventana y dar la mano al vecino de enfrente, mientras un coche pasa por la “calle” y el peatón se aparta; cuando vemos a nuestros alumnos anónimos en clases numerosas que carecen hasta de pasillo central permeable; cuando vemos las nuevas urbanizaciones, que recalifican el territorio usando una pequeña vara de medir —la calle en construcción garantizará que oigamos al vecino de enfrente—, siempre con el fin infame de que vivamos juntitos, entonces uno piensa que a los españoles nos pasa algo. ¿Desde cuándo? Para Sánchez-Albornoz, que cita el Poema de Fernán González, en la vieja Castilla, huyendo del moro, había mucha gente junta: “Eran en poca tierra muchos omes juntados” (España, un enigma histórico, II, 18). Pero el Poema citado, edición de Juan Victorio en *Cátedra*, dice: “Eran en poca tierra pocos omnes juntados/de fanbre e de guerra eran mucho lazrados” (218). No sé cuál de las dos versiones será la correcta: sólo veo todos los días la primera de ellas. (Mientras escribo estas líneas, no lejos de Córdoba, un montero dispara por equivocación a otro y lo mata. Los viejos cazadores están indignados, por lo visto, porque el suceso se está haciendo demasiado frecuente. ¿La razón? Hay más puestos de caza que antes y están muy juntos. Por lo demás, a diferencia de Extremadura, donde la ley permite un solo cazador por puesto, acá puede haber dos y cada uno dispara como puede).

Para el joven profesor Marías, a quien todavía algún alumno preguntó qué estudiaba, “en la alternativa educación-instrucción, los americanos se han decidido por la primera, mientras los europeos han optado por la segunda (Inglaterra, como siempre, en medio). Pero ¿es así?”. Y prosigue en la página siguiente: “La Universidad americana, más que a un ‘plan’ coherente, atiende a un ‘nivel’ de formación”. ¿Qué significan las comillas? “De ahí también la impresión de escandalosa ‘ignorancia’ que produce muchas veces al universitario europeo su colega americano, y viceversa: el europeo encuentra las ‘lagunas’ de la formación del americano, los huecos del ‘plan’ sistemático que esperaba encontrar; el americano se sorprende de la ignorancia humanística del doctor en ciencias, de la ausencia de ideas físicas o biológicas en el jurista o el licenciado en letras”. La universidad americana transmite tres cosas: los conocimientos de una disciplina, el esquema de las ideas de una época, un sistema de creencias y modos de comportamiento. Lo decisivo en Estados Unidos es lo último, prosigue. “Por eso, tanto como la ciencia, o más, importa el honor system en virtud del cual el examen no necesita vigilancia, porque el alumno no copia ni ‘apunta’ a otros, o es creído bajo palabra”. Nuestra palabra de honor, ¿merece confianza? Por otra parte, está la dosis americana razonable. En conclusión, si se puede concluir: “El estudiante americano ignora, en efecto, muchas cosas que simplemente no ha cursado; en ocasiones nos parece absurdo que no lo haya hecho, por supuesto. Pero lo desusado es que no tenga la menor idea de las materias que ha estudiado, cosa tan frecuente en otras partes” (Obras, III, 411-422). Pareciera que señala a España, donde los estudiantes —entonces como ahora, desde muy jovencitos— han de sufrir unos planes de estudios infatuados, inadmisibles para el estudiante medio.

En 1980, nombrado por fin titular de la cátedra José Ortega y Gasset de Filosofía Española en la Universidad

Nacional de Educación a Distancia, Julián Marías dio una lección inaugural que tituló “La nueva misión de la Universidad”. A los veinticinco años de su muerte en 1955, a los cincuenta de Misión de la Universidad, el discípulo homenajea al maestro y recuerda que hay que enseñar sólo lo que se puede enseñar. Hay que partir del estudiante medio. Pues bien: Marías recuerda los planes de bachillerato vigentes en España desde los años 40. Se define una vez más como escritor español y profesor americano, pero siempre se ha sentido universitario. “Y he leído cuidadosamente estos cuestionarios. El que supiera el contenido de esos cuestionarios de bachillerato se podría licenciar holgadamente en Filosofía y Letras y en Ciencias, y en varias secciones. Díganme ustedes si esto es posible” (Obras, IX, 672). Han pasado otros veinticinco años desde esta lección, pero en 2006 la enseñanza secundaria fracasa, creo yo, por exceso de materias y de horas de clase. Con alumnos incomparables con los de hace medio siglo —entonces cuatro gatos preseleccionados por su casa y por sí mismos: destino aceptado—, hoy, cuando cumplen dieciséis años y acaban la enseñanza obligatoria, nuestros adolescentes abandonan los estudios en proporción mucho mayor por la sobredosis que sufren desde muy pronto. Hoy todos miramos con admiración a Finlandia, cuyos quinceañeros son la elite del mundo. Pues bien, algunos han calculado que entre los 7 y los 15 años, acá se dan 7.731 horas; pero los hiperbóreos se conforman con 6.126. Para colmo de bondad, o de maldad, ellos tienen como tres semanas más de clase cada curso; la dirección escolar es profesional; tocar a un profesor es delito, etcétera: todo lo cual hace que en Finlandia la enseñanza pública funcione con tanto decoro que red privada casi no hay; ni privada ni esa tercera vía española que es la concertada desconcertante.

Al leer este verano el opúsculo de Jochen Hörisch (citado en el número anterior de CyR) recordaba ideas de don Julián acerca de la universidad norteamericana.

“La Universidad tiene que ser residencial, hay que vivir en ella. En Europa se admite que la educación es cosa de la familia [este libro se escribió entre octubre de 1951 y junio de 1956]; en los Estados Unidos se piensa que corresponde principalmente a las instituciones docentes, cada una en su nivel; que es cosa difícil, y por tanto requiere abundancia de medios, tiempo y ‘expertos’, que no es para cualquiera.” En 2006, en un intento de salvar el Alma Mater, el profesor alemán propone nada menos: a) que todos los docentes con dedicación exclusiva, fest angestellt, vayan a comer juntos dos días en semana; b) que haya obligación de residir en la ciudad; quien viva a más de 10 km recibirá un 5 por ciento menos de sueldo, si a más de 25 km, reducción del 10 por ciento...; quien viva tan cerca que pueda llegar a pie o en bicicleta, tenga un aumento del 10 por ciento; c) las reuniones de profesores, Gremiensitzungen, quedan abolidas, por cuanto ya se reúnen dos o más veces por semana para comer im Faculty-Club, y así sucesivamente. Aceptemos el espíritu de estas propuestas, ¿pero la letra? Ciertamente es que va quedando lejos la definición de las Partidas: “Estudio es ayuntamiento de maestros e de escolares que es hecho en algún lugar con voluntad e entendimiento de aprender los saberes” (II, tít. XXXI). El lugar, que entonces era localidad o villa o ciudad, se va transformando hoy en realidad virtual. (El año pasado, al abrir un día el correo electrónico por la mañana temprano, leí una consulta de una chica que debía estar en clase a las 8:30, pero cuando la busqué para responder, no estaba. Le gustaba el e-mail más que asistir a clase.)

Observando que en las universidades más ilustres el número de profesores alcanza el 10 por ciento del número de alumnos: Harvard, 10.632 y 2.481; Yale, 7.317 y 1.505; Princeton, 3.500 y 522; Wellesley, 1.718 y 210; Smith, 2.276 y 259; Columbia, 25.637 y 2.825; Georgetown, 5.027 y 764; Cornell, 10.191 y 1.427; California, 44.260 y 4.437; observando estos datos del año

1950/51, Marías se pregunta si tal sinnúmero de docentes podrán ser otra cosa que excelentes funcionarios; añadamos nosotros, para cuadrar las cuentas, que el año o cuatrimestre sabático los ayudará mucho. El maestro se halla en la mitad del camino de su vida: “Pero el supuesto de la docencia viva es la efectiva vida intelectual; sólo el profesor que la tiene, que fuera de la clase y aun fuera del campus, en su intimidad personal, está afectado por los problemas, cuya vida es en cierta dimensión decisiva ‘vida intelectual’, puede contagiarla. El estudiante tiene que ‘asistir’ al espectáculo de lo que es la función del pensamiento en sus formas más auténticas: éste es el núcleo esencial de la docencia. Si esto falta, todo lo demás, por bueno y útil que sea, por perfectamente que marche, queda inválido y desvirtuado. Y temo que la Universidad americana no disponga de ese fermento en la proporción necesaria”. Dice esto cuando lleva aún poco tiempo en Estados Unidos.

En su segundo libro americano, un capítulo sobre la universidad, empieza así: “En los últimos dieciséis años he enseñado en siete Universidades de los Estados Unidos, en cinco cursos de otras Universidades americanas en Madrid y he dado conferencias en unas cincuenta más, en el Este, el Sur, el Midwest, California y Texas”. No quiere repetir lo que dijo en el libro anterior, y el capítulo es más breve. El primer factor que advierte es el crecimiento. En 1968, cuando en España iba a empezar, de facto y de iure, la educación general básica, las universidades americanas ya afectan a mayorías. En unos quince años han duplicado el número de estudiantes, que ya son aproximadamente cinco millones; “es decir, de cada 40 americanos, uno está en una institución de enseñanza superior (frente a uno de cada 100 franceses o cada 300 españoles)”. Y por eso creció tanto y tan regular la población universitaria española después de 1970, una población —calcule el lector— que hoy sobrepasa a la americana de entonces. Julián Marías se asombra de aquellas

bibliotecas universitarias. En otro libro suyo, *La mujer en el siglo XX* (1980), cuenta que en 1951, al llegar al Wellesley College, le dijeron: “La biblioteca es pequeña, pero buena”. Aún desorientado, preguntó: “¿Qué quiere decir pequeña?” Y le respondieron: “Unos 350.000 volúmenes”. Por entonces, trabajando yo sobre la reforma de las Escuelas de Magisterio, la nuestra tenía también cerca de dos mil estudiantes, pero al preguntar a la bibliotecaria para comparar, me respondió que unos 13.000 volúmenes. Ha pasado un cuarto de siglo y en nuestra Facultad de Ciencias de la Educación ya nos acercamos a los 100.000, lo que resulta un indicador de calidad... No hace mucho, Víctor Pérez Díaz ha recordado que solamente las bibliotecas de Harvard y Yale, con unos 27.000 estudiantes, contienen más libros que las de todas las universidades españolas juntas, ahora con algo más de 1.400.000 estudiantes. En fin, como Marías acostumbra verlo todo, no deja de advertir en un capítulo, “Cara y cruz de las bibliotecas americanas”, tanto la cruz de aquellas como la cara de la escasez de las nuestras. Aquellas bibliotecas portentosas significan la disminución de las privadas. Los americanos tienen pocos libros, incluidos los profesores, por la facilidad de las bibliotecas públicas. Y lo lamenta, porque no le parece lo mismo. “Yo tengo una fe mucho mayor en los libros que se tienen en casa; esos que se leen y releen...” Ello es que “el estudioso español, a costa de quién sabe cuántos esfuerzos, cuántas renunciaciones, cuántos trajes con brillo, va acumulando su biblioteca. Mil volúmenes, dos mil, cinco mil, alguna vez diez mil o veinte mil.” El problema es que no caben en pisos diminutos, pensados para dormir, conchabados con los bares más numerosos del orbe.

Al vivir en Estados Unidos, el escritor español comprendió que aquella era otra sociedad. En 1954 escribió *La estructura social*. “Fue posible —escribe en el segundo tomo de sus *Memorias*— porque había vivido un año en los

Estados Unidos, secundariamente una temporada en Hispanoamérica. Al hacer la experiencia de sociedades distintas de la española, se me había manifestado, en las diferencias estructurales, qué es una estructura social.” El libro fue traducido al inglés y al portugués, con sendas introducciones de Robert Merton y Gilberto Freyre.

### *Hacia el concepto de persona*

Punto de inflexión en la trayectoria de Marías, momento de madurez de su pensamiento, fue la *Antropología metafísica*, libro relativamente breve. En un capítulo del tomo segundo de sus *Memorias* que dedica a esta obra de 1970 recuerda que Ortega decía que todas las buenas metafísicas son de bolsillo, empezando por la de Aristóteles, y desde luego ésta se lee con facilidad. Entra uno en su lectura y, como sucede con sus libros —acaso más, por el tema del hombre—, y sigue leyendo como quien lee agua clara, escribe Madariaga en un volumen de homenaje a Marías en 1984: “Y de pronto se para, posa el libro y sueña: ¡Pero si era champán!”

La filosofía y la ciencia llevan dos mil quinientos años preguntando erróneamente “¿Qué es el hombre?”, pero cuando unos nudillos llaman a la puerta, preguntamos “¿Quién es?” Y la respuesta es “Yo”, pero un “yo” acompañado de una voz conocida, es decir, de una circunstancia. Se trata de alguien corporal o persona, no de algo; es un quién, no un qué. Y ese alguien es futurizo; es decir, presente y real, pero vuelto al futuro, orientado hacia él, proyectado hacia él. A propuesta suya, la Real Academia Española aceptó la voz futurizo en el *Diccionario*, edición de 2001. La persona no está dada, como la piedra o el animal. “Una persona ‘dada’ dejaría de serlo. El carácter programático, proyectivo, no es algo que meramente acontezca a la persona, sino que la constituye. La persona no ‘está ahí’, nunca puede como tal estar ahí, sino que está viniendo” (*Antropología*, cap. 5, “Persona y yo”; en *Obras*, X, 36). Y unas

líneas más abajo: “En la persona hay mismidad, pero no identidad: soy el mismo pero nunca lo mismo.” (En cierta ocasión pregunté en clase si se sentían la misma persona que a los cinco años, y hubo como un desasosiego, como un relámpago de reflexión. En otras ocasiones, más recientes, no se alteró un músculo de su aspecto estaférmico.)

Los maestros de escuela, los educadores todos, deberían meditar estas consideraciones. El niño, el joven, no está dado, y el docente ignora lo principal de su oficio si piensa así. ¡Cuántos niños, desde primero de primaria, son catalogados negativamente por sus maestros! ¡Muchachos normales condenados, muchachas excelentes subestimadas por maestros de escuela y profesores de instituto distraídos y, por supuesto, por sus propios padres y hasta por sí mismos, que es lo peor! He visto muchas veces cambiar la cara del chico que se creía inferior —a quien tenían por tonto los compañeros—, cuando le he espetado con toda formalidad: “No: tú eres como los demás.” Y ha mejorado considerablemente.

Y con el tiempo, de capítulos de la Antropología metafísica surgen libros como *La felicidad humana* (1987) o *Persona* (1996) en los que profundiza, en los que uno puede seguir leyendo. “La persona se descubre cuando se usa la palabra ‘yo’ en su sentido propio, es decir, en uso pronominal. El que la filosofía haya dedicado la mayor atención a lo que ha llamado ‘el yo’ (sobre todo en el idealismo alemán, ‘das Ich’) ha sido un factor de confusión. El artículo ‘cosifica’ la realidad nombrada, en este caso anula la posición de realidad, la irreductibilidad de esa realidad que es un absoluto —aunque sea ‘recibido’, y por tanto relativo—; yo soy proyectivo, constituido por una instalación vectorial; circunstancia y vocación son rasgos inmediatos de mi estructura”. El yo primero de la fórmula de Ortega en 1914 —yo soy yo y mi circunstancia...— no es como el segundo: es el yo ejecutivo, soy yo mismo proyectándome; soy yo en acción para salvar la circunstancia y

salvarme. “A la persona le pertenece un elemento de irrealidad que le es constitutivo, precisamente para poseer un grado de realidad incomparablemente superior a toda ‘cosa’”. A decir verdad: “La persona es un arcano, hasta para ella misma”. Y la persona es siempre interpretada. En principio esa interpretación es la propia de cada persona, dice; “pero cabe la interpretación ajena, recibida, de modo individual y personal —seducción, tentación, persuasión— o impersonal y colectivo —cambio de vigencias, manipulación por los medios de comunicación—”. En la sociología, desde las Reglas del método sociológico de Durkheim, hablamos de presión social. Y a continuación, un aviso para los educadores: “Existe también la posibilidad de la interpretación ajena como un ‘despertar’, una llamada a la autenticidad, un descubrimiento suscitado desde fuera de lo más propio y personal; esta es la función primordial de la educación cuando esta tiene presente la condición de las personas” (Persona, págs. 21-37). Algunos educadores hablan de educación personalizada, como si pudiera haber otra; se hablaba en España hace mucho, cuando había maestros con 40 ó 50 niños en el aula y tantos esperaban afuera; y se habla hoy en la universidad, aunque no faltan clases de 60 ó 70 ó de más de cien...

### *El talento, condición moral*

En su faceta de historiador, aunque no lo era profesionalmente, el autor de *Historia de la Filosofía*, de *Los españoles*, de *Meditaciones sobre la sociedad española*, de *España inteligible*, de *La España real*, nunca dejó de pensar en España, que era su circunstancia más próxima. Al igual de otros países, el nuestro ha tenido sus altos y sus bajos momentos. Al estudiar la España de Moratín, por ejemplo, se dio cuenta de que cuando éste viajaba por Europa en 1770, 1780, 1800, no veía diferencia mayor. La situación de España era mala: económica, política, cultural, militar. “Pero nada más. ¿Es que esto es poco?”

Abrimos en efecto el Viaje de Italia de Leandro Fernández de Moratín y leemos que “la libertad de Suiza está prendida con alfileres” y “toda Suiza, en general, es muy pobre”. Esto se escribe en 1793. Lo malo vino después de 1800, con el reinado de Fernando VII. Entre 1808 y 1833 una radical alteración va a hacer de la vida española algo anormal, que explica el resto de nuestra historia hasta hoy, escribe Marías en 1962. (Es en ese cuarto de siglo cuando las naciones europeas, con Inglaterra encabezando la marcha, han tomado el camino de la industrialización. Recuérdese, por ejemplo, que cuando Joseph Townsend, uno de los primeros viajeros ingleses, escribe su Viaje por España en la época de Carlos III. 1786-1787, al llegar a Córdoba le llama mucho la atención la gran cantidad de mendigos que se ven por las calles; días después, sigue viendo mendigos en Sevilla, luego en Málaga y Granada; y el reverendo culpa al obispo y a quienes, con caridad mal entendida, les dan limosna indiscriminadamente.) España se queda atrás en ese cuarto de siglo tremebundo, siglo que termina en 1898. “Los españoles de estas fechas estaban convencidos de que la condición de España era incomparable con la de los grandes países europeos, y que, además, esto era irremediable” (Obras, VII, 78). Los conceptos de situación y condición los había introducido en La estructura social.

Hay algo más que diferencia a los países y a las personas. Individuos y sociedades crecen y menguan no solamente en virtud de sus talentos y de sus recursos económicos, sino en razón de lo que hacen con ellos, es decir, de los proyectos. En el polo opuesto de Suiza, cuyos habitantes se educaron a fondo con Pestalozzi, un país que hasta no hace mucho apenas si tenía algo más que el aire puro de sus montañas, piénsese en la Argentina, que por los años treinta llegó a ser la séptima potencia del planeta y luego retrocedió misteriosamente, hasta el punto de que hoy es objeto de estudio en las universidades. Bien están los recursos,

insiste Marías, y ahora tenemos más que nunca; lo malo es que falten los proyectos. En 1806, Herbart, considerado por los especialistas el padre de la pedagogía científica, dejó escrito que ser aburrido es el peor pecado que se puede cometer en clase, langweilig zu sein, ist die ärgste Sünde des Unterrichts; y en 1988, en una Tercera de ABC, “Programa o argumento”, nuestro autor advirtió: “Hace mucho tiempo que pienso que el aburrimiento es el enemigo público número uno de nuestra época —y no sólo público, sino privado, que es lo peor—. Si se hiciera una cruzada contra el aburrimiento, se haría una obra de caridad” (El curso del tiempo, 2, 94). Hoy no sólo aburren algunos profesores a sus alumnos, como temía Herbart hace dos siglos: ahora pueden éstos aburrir impunemente a sus profesores —en la universidad por muy poco dinero—.

En La idea de principio en Leibniz (cuyo primer lector fue Marías) dice Ortega al pasar, parágrafo 27, que “se habla siempre del talento como de una prenda envidiable y envidiada, cuando a lo mejor es una deuda que cada cual tiene consigo propio”. Y en 1949, cuando sin ser doctor enseñaba con autoridad, deja escrito lo que copio arriba: “Ya va siendo hora de que se imponga la certeza de que lo que se llama talento es, en buena parte, una condición moral.” Insiste en ello en 1958; cuando los nacidos en 1898 cumplían los 60, habla de las virtudes morales de algunos hombres como Enrique Lafuente Ferrari a quien conoció en 1933 en el famoso crucero Ciudad de Cádiz que organizó Morente. Al hablar de Lafuente y de Marañón —en Los españoles— subraya la condición moral de la inteligencia, que no se despliega tan naturalmente como se piensa. Defendiendo a su maestro en Ortega y tres antípodas (1950): “Cada vez estoy más convencido de que la inteligencia tiene decisivas raíces morales. Porque la inteligencia no consiste en ciertos aparatos o dispositivos psíquicos que funcionen automáticamente en el hombre, sino en una forma del trato con la realidad, que supone una previa apertura a ella...” (Obras, IX, 57). Esto



debe meditar. ¿Pues no vemos a muchas personas que, lejos de abrirse a lo real, se blindan, se convierten en ladrillos refractarios y viven contra la verdad? ¿O que se imbuyen solamente de derechos, pero ignoran los deberes más obvios?

Aunque los psicólogos han tenido dificultades para definir la inteligencia, o desconsideración respecto de tales raíces, oigamos a uno de los más ilustres, a José Luis Pinillos, quien en la penúltima edición de una obra maestra dice también: “Lo que ocurre es que probablemente la mayoría de las personas permanecen durante toda su vida muy por debajo del límite de sus posibilidades. La superioridad de los genios no se debe exclusivamente a los elevados cocientes intelectuales con que una naturaleza generosa ha querido dotarlos, sino asimismo a las posibilidades que les brinda su circunstancia social y, muy especialmente, al esfuerzo personal por realizarse a fondo como individuos” (La mente humana, pág. 184).

### *A modo de conclusión*

En 1966 Julián Marías animó a los españoles (a mí, por lo menos) al proponer en aquella España mal desarrollada una empresa grande. “Yo creo que la empresa que se presenta imperativamente a España, la que la sociedad española va, mal que bien, realizando, es su movilización total. España ha solido vivir por debajo de sí misma, quiero decir incorporando a la vida histórica una fracción de la totalidad. Despoblados y barbechos han sido las imágenes tópicas de una forma de abandono.” Aquellos barbechos y despoblados de la naturaleza española se están convirtiendo en urbanizaciones muy poco urbanas, y se confirma su diagnóstico. Pero el pensador se refiere al hombre y a la mujer, al despoblado y al barbecho de muchas personas que ni siquiera intentan lo que está en sus manos: alude a los pecados de omisión, que dice la Iglesia; es la omisión del

deber de socorro, que dice el Derecho natural. Es la pereza, que se contagia. “Hay que hacer siempre más de lo que se puede”, le dijo una vez a su amigo Pinillos.

Pero al consultar la introducción que hizo Merton a La estructura social para la edición americana (anticipada en el número 148 de la Revista de Occidente, julio 1975) encuentro lo que busco y algo más. El algo más es el comienzo, que latía dentro de mí: “Esta introducción es muy redundante. Hay muy poco de lo que en ella se dice que no pueda encontrarse en el libro que presenta”. Recordaba empero que “los libros escritos con tanta claridad como el suyo, no necesitaban una introducción mía —o, por lo mismo, de nadie”. Pero el gran sociólogo entiende que el concepto de redundancia ha cambiado, y ahora, en 1975, aunque resulte aburrida, puede ser útil, como cualquier otra medida de seguridad. Ahora y siempre. El viejo Platón en las Leyes, o santa Teresa en las Moradas y en otros lugares, entienden también que nunca hace daño repetir la verdad; el viejo Goethe dice a Eckermann que “es preciso abundar siempre en la verdad, pues el error es predicado una y otra vez a nuestro alrededor”. Olvide el lector estas pobres palabras mías y abra confiadamente los libros claros y coherentes del maestro inolvidable.